

EL FLORERO DE LLORENTE

Nos nos cause admiración ni desasosiego, ni sarampión, ni reuma la afirmación de que el libro de Arturo Abella "El Florero de Llorente", ha sido para desconsuelo de muchos, el éxito del año. Acostumbrado, como tenemos el paladar a los sabores flojos e ingenuos de los textos de historia, no es extraño que este libro, digestivo y potable, sorprendiera nuestro gusto y al cabo de pocas páginas de su lectura avivara el interés por los hechos patrios y con el hambre y la sed de saborearlos hundiéramos hasta la terminación del mismo, nuestra atención, como quien sumerge la mano en un estanque y se refresca el cuerpo con una sensación difícil de escribir.

Abella, con un estilo liso, derrite entre capítulo y capítulo la cera del relato. El corazón de la historia comienza en la madeja de sus planteamientos a recobrar el ritmo de su latido. Inicia una dulce y demorada venganza. Su cadencia, asordina por el tum-tum del platillo y del bombo, había desfigurado el contenido de su semilla, y entre el incisivo del roedor de bibliotecas, que impertérrito aglomera legajos y documentos, y el abarrotero literario, era un espectro. La elocuencia de los hechos históricos, el trote de los héroes, la fusión de sus sueños, la pugna de sus proezas, la confusión de la batalla que se libra en la conciencia de cada hombre, el bullir del espíritu del bien y del espíritu del mal en el alambique prodigioso de los sucesos, el gesto fugaz que fluctúa del miedo al heroísmo como una cuerda tensa, el amor, la ambición, el odio, la generosidad, todo este puñado de nervios absolutos que configuran la criatura humana, en su prosa, y con los ingredientes más elementales y sustantivos, van recobrando rasgo por rasgo, silueta por silueta, el sitio que les corresponde en nuestra historia patria.

La historia no es un tapiz para moralistas. Las figuras que en ella intervienen tiene derecho a que la posteridad les juzgue como fueron sin peinarlas ni recortarlas previamente. El héroe es un conjunto de virtudes y de defectos, una amalgama airosa de contradicciones, pero como él solo no hace la historia y a su alrededor se mueven como marionetas los personajes de segundo orden, que al fin y al cabo son los que en la vida real usufructúan y absorben sus rayos y pujanza, es justo que al presentarlas en la urdimbre mágica de los acontecimientos se les vista con los trajes baratos que vistieron en vida, se les deje sus zapatos usados, y que no se les ponga tacones altos, para que empujados a la fuerza pierdan aposura y naturalidad.

El objeto de la historia y de su enseñanza es suministrar una base afectiva para el sentir popular. No entregar una masa de conocimientos vagos, neutrales y meramente académicos, sino una imagen útil y práctica que revele con nitidez el medio ambiente que tuvieron que vivir nuestros antepasados. Efectuado lo cual sencillamente, sin mixtificaciones, captamos la mentalidad de los individuos que intervinieron en la factura de los hechos antes sucedidos. Entonces, no nos pueden extrañar ni sus errores, ni sus omisiones y menos aún su linaje y sus orígenes.

La historia escrita con papel de lija en el bolsillo, tapando aquí, ornamentando allí, puede ser que no contenga faltas de ninguna índole,

pero también es cierto que encierra muy pocos méritos. Corre el riesgo que tanto pulimento y frote repercute en el dibujo de los próceres, y haga de ellos una tiesa y engolada armadura rellena de teologales encomiendas pero carente de olor, sabor y sencillez, que necesariamente tenían que adornar sus personas. Si se maquilla la historia patria con afeites, grasas y tinturas, aparecerá ante nuestros ojos una máscara excesivamente monumental, demasiado inanimada, muy simple o muy compleja, sin ningún significado, y al no entenderla, por lejana o recargada, nacerá en nosotros el desinterés o el despego por ella.

La inteligencia de Abella y el impacto de su obra radica en la presentación de los hechos históricos como si se tratara de noticias actuales. Se ha dicho, se repite que nada hay tan anticuado como un diario del día anterior, pero nada hay tampoco tan actual como una última edición. Abella tuvo el gusto de reencauchar nuestra historia dándole plenitud de actualidad y le resultó tan interesante, tan increíble y revolucionaria como si nos hubiera anunciado que el primer hombre desembarcó de la luna. Es un gran reportaje donde tras la minucia documental y seria se insinúa la gracia intemporal del chispazo y el cuento. La crónica se desentume y ágil de talón, corretea por los archivos, hunde su mano en los mamotretos polvorosos, los sacude y los anima y con la cazurrería juguetona de su personalidad, los rubrica sonriendo y despreocupada y alegre, enhebra en hilos transparentes la verdad, para que luzca sin tapujos en el cuello agorero de la historia.

"El Florero de Llorente", no es inconoclasta, es polémico y como tal, suscita el argumento y la contradicción. Más parece que los críticos temperamentales, los de afición a los consagrados, han resuelto de común acuerdo volver indiferente la espalda, conjurar con el silencio lo que bien pudieran desmenuzar poniendo palma arriba al filo del análisis. ¿No se atreven o no les interesa? No lo sabemos pero ya lo sabremos.

¿Qué dice la Academia de Historia? Con su silencio asiente y ratifica la tesis de que la historia es una parábola apasionante y didáctica, cuya curva se dobla por las puntas para hincarse con una cara nueva y comprensible, en el niño, en el adulto, en el hombre que intentan conocer el mundo de donde proceden, para aceptar mejor el mundo en donde viven.

Arturo Abella con Indalecio Liévano Aguirre forman un binomio de temple y de pelea, no de puñetazo y bofetón, sino de idea y de concepto. Con ellos Colombia ha comenzado a mirar la historia como es y no se asusta, ni se asombra, de que nuestros próceres tuvieran un levitón rasgado y la camisa ajada, que fueran envidiosos y soberbios, pequeños y grandes, quizá al cabo de los años los comprende mejor bajando del mármol y del pedestal y confundiéndose con el pueblo.

Gracias, don Arturo, por dejarnos leer de cuando en cuando una historia patria sin desodorantes.